



ROXANE GAY (ed.)

No es para
TANTO

Notas sobre la cultura
de la **VIOLACIÓN**

Capitán Swing®

No es para
TANTO

Notas sobre la
CULTURA DE LA VIOLACIÓN

ROXANE GAY (e d .)

Prólogo y epílogo de
Jana Leo

Traducción de
Gemma Deza Guil

Capitán Swing 

Prólogo

Jana Leo

Prólogo

Jana Leo

Abrir *No es para tanto* es como mirar en el tiempo un paisaje que cambia con los días, las estaciones, los años. Es distinto según cuando se mire, pero el sitio es el mismo y hay un fondo que no cambia. En el libro la misma esencia se repite una y otra vez cambiando los detalles concretos de cada autor/a en las diferentes historias. Casi todos los relatos son una reconstrucción de un paisaje interior.

Hace poco me preguntaba un amigo, mirando mis trabajos últimos sobre violación, si era todo autobiográfico (queriendo decir que no era normal que a uno le pasara varias veces). No tienes más que leerte *No es para tanto*, pensé. Mi amigo es feminista y siempre ha apoyado mis proyectos de arte, sin embargo no es consciente de la envergadura de la violencia sexual. En ese sentido este es un libro que «hay que leer».

Al terminar de leer el libro me quedan claras varias impresiones: no hay duda de que la violación y otros tipos de violencia sexual ocurren mucho. Queda claro también que tanto hombres como mujeres repiten clichés que no les funcionan, pero no saben cómo hacer para modificarlos. Y

por último es evidente que la gente no se relaciona con sus sentimientos. Escuchar lo que uno siente o dejarse sentir es muy difícil tanto para mujeres como para hombres, pero más para estos últimos y quizás por eso son a menudo los agresores. Al leer los textos me pregunto: ¿es el sexo sobre el sentir? ¿Qué función tiene el otro?, ¿es esencial o solo ha de estar ahí como en un espejo la imagen de uno mismo proyectada? ¿Por qué lo visual, que uno sea guapo o feo, esté bueno o no, es tan importante para el sexo? ¿Pero lo es? ¿Y por qué estimula los sentidos o la autoestima? ¿Tiene lo visual algo que ver con las emociones?

El libro es un trabajo forense sobre los sentimientos

En primer lugar, es forense en cuanto analítico, ya que hace una forensia de la violación y de una cultura que la apoya. Pero, a diferencia de los tratados sobre la violación, estos son textos que se escriben después del delito y por sus víctimas. No es una teoría sobre la violación hecha en abstracto en un tiempo indeterminado por un tercero. Aquí el relato es concreto y el tiempo es después. Ha ocurrido algo que se estudia en detalle, se describe su naturaleza, se mide su impacto, se nombra el delito.

Lo forense es la ciencia de aportar pruebas. Este libro lo es, en un segundo sentido forense, ya que los autores escriben sus relatos para probar que fue violación. Para probar que sí que fue para tanto (el título, irónico: *No es para tanto*), que sí fue una agresión y no un acto sexual.

Esto, la tarea de probar, es desde mi punto de vista la mayor fuerza del libro. Es algo único en el mismo porque

solo se lo plantea en profundidad el que ha sido víctima, puesto que es la dificultad a la que uno se enfrenta después. Probar que sí es violación es la tarea del que decide asumir lo que ha pasado y no hacer «como si nada». Todas/os las/os que escriben los relatos confrontan este tema, que puedo simplificar en los siguientes pasos:

Uno, me siento fatal. Encajo mi estado de ánimo y los cambios en mi forma de vida porque lo que me ha pasado ha sido importante y brutal; sé que no he perdido la cabeza, pero me cuesta controlar mis emociones: alguien o varios han roto cada fibra de mi ser. Dos, cuento y explico a los demás lo que me ha pasado porque es algo que ha ocurrido y no algo que yo haya provocado, quiero que entiendan cómo me siento y por qué reacciono como lo hago. Y tres, ya lo he denunciado en una comisaria (o no), pero ahora me planteo cómo voy a probar cuando lo lleve a los tribunales, si lo hago, que ha habido una agresión o un abuso sexual.

El libro, en un tercer sentido de lo forense, es un trabajo que trata de contextualizar la violación dentro de la cultura que la produce (la cultura de la violación). La primera acepción de «forense» es «foro, lugar de debate». (La RAE dice: 1. adj. «Perteneiente o relativo al foro», y la segunda, 2. adj. «Público y manifiesto»). En estos dos sentidos la editora y autora ha dicho recientemente de forma explícita que al reunir escritores que tratan sus experiencias con la cultura de la violación quiere entrar en una discusión sobre la violencia sexual.[1] Otra vez aquí estamos ante un tipo de género personal y político. Como

dijo Beatriz Colomina sobre mi libro *Violación Nueva York*, «un relato biográfico se convierte en manifiesto urbano».

Un manifiesto es algo que se escribe cuando la situación existente se considera insostenible y el cambio que se pide es sistemático. El sistema no puede directamente predisponer a que alguien no viole. Pero en el sistema judicial, por ejemplo, se aplican las leyes que llevan a estimar si algo es violación y a dictar la sentencia; y con ello predispone a que se deje de violar o se continúe haciéndolo. Un sistema judicial que admite que se intente pasar una agresión sexual como un simple acto o abuso sexual está a favor de la violación y del lado del violador.

El peso de la prueba

La violación es legalmente agresión sexual e implica que ha habido penetración sin consentimiento. La definición legal de consentimiento en Inglaterra consiste en asentir y en otros muchos países, España incluido, consiste en resistirse.

Este es mi argumento para refutar la definición de consentir como decir no:

«Decir no» cuando hay acoso, amenaza o violencia es una paradoja en sí mismo. El «decir», el hablar es un acto positivo. Pero cuando «el decir» está imposibilitado por la fuerza, la violación está anulada y cuando se está bajo una amenaza «decir» (lo que sea, incluso no) puede ser contraproducente para la supervivencia. No siempre se debe decir que no. Tampoco siempre se puede decir no. Cuando uno está inconsciente no tiene capacidad de «decir» ni sí ni no. El consentimiento ha de ser afirmativo y

ha de producirse en plena consciencia y libertad, no como un tecnicismo.

«“Consentimiento afirmativo” significa un acuerdo asertivo, consciente y voluntario de participar en una actividad sexual... La falta de protesta o resistencia no implica consentimiento, tampoco el silencio».[2] «La regla del sí se empieza a aplicar en algunos estados de los Estados Unidos como el de California y en algunas situaciones, concretamente el campus desde 2015»[3]. «El cambio legislativo se debió a dos cosas: por un lado, a las declaraciones de mujeres famosas que confesaron haber sido violadas; y, por otro lado, al gran número de mujeres residentes en campus universitarios que acaban teniendo sexo con compañeros en contra de su voluntad».[4]

«Un estudio de 2007 del Departamento de Justicia encontró que una de cada cinco mujeres fue víctima de un intento o de un asalto sexual mientras estaba en la universidad. La nueva ley de California está diseñada para ayudar a reducir esos porcentajes al hacer que las universidades reemplacen la regla de “no, no, no” con un “sí, sí” cuando evalúan los casos de agresión sexual... Si no está absolutamente claro que una persona dio su consentimiento a su encuentro sexual, la universidad puede considerar que la persona que no dio su consentimiento fue agredida...».[5]

Hay que tener en cuenta que este cambio no está generalizado en los Estados Unidos. De hecho con la situación política actual las leyes han ido en otra dirección: «Un nuevo proyecto de ley de un republicano de New Hampshire obligaría a las víctimas de violación, incluida la

infancia, a dar una prueba adicional de asalto antes de que un caso sea aceptado en los tribunales».[6]

Muchos de los relatos en este libro se enfrentan a la idea de si las víctimas serían creídas por los tribunales: «has bebido», «te vas con un desconocido a casa», etc. En definitiva, están hablando de la credibilidad de la víctima, que de nuevo se soluciona en los tribunales, ya que el peso de la prueba está en ella.

«La ley del sí supone un cambio fundamental en la definición de lo que es violación, ya que allí donde se aplica este cambio legislativo hace que sea el presunto violador quien tenga ahora que probar que la persona (presunta víctima) había estado de acuerdo, había dicho “sí”. Este cambio es radical respecto a la legislación anterior, que determina que solo hay violación cuando no hay consentimiento, y supone que la carga de la prueba la tiene la víctima».[7]

«Desde 2015 en Gran Bretaña el presunto violador debe probar que la presunta víctima ha dicho “sí”. Alison Saunders, la directora de las persecuciones públicas, ha dicho al respecto: “Durante demasiado tiempo la sociedad ha culpabilizado a las víctimas de violación por confundir el tema del consentimiento —por ejemplo, por beber o vestirse de forma provocativa—, pero no son ellas las que están confundidas, sino la misma sociedad y debemos lidiar con eso”. [...] “No hay zona gris en el consentimiento a una actividad sexual —en la ley está claramente definido que debe ser aceptado en su totalidad y con libertad—”. [...] “Beber no es un delito, pero es un delito que un violador se

aproveche de alguien que no es capaz de consentir tener sexo por estar bebida o bebido”».[8]

Inspirada en las palabras de la señora Alison Saunders en 2018 para el proyecto *No violarás*, escribí una canción que dice: «Beber no es delito, violar lo es; besar no es delito, violar lo es. Opinión pública culpable con el violador es afable».

La ley del sí no conlleva una gran diferencia en violaciones violentas, es decir, cuando hay violencia física expresa además de la violencia sexual. En cambio, es fundamental en las violaciones «no violentas», en las que al no haber violencia más allá de la sexual, es el presunto violador (y no la víctima) quien tiene que probar que el sexo ha sido consentido y consensuado.

«Violación con cita»: date rape y el campus universitario

Diferentes autores en este libro tratan un problema que quizás no lo sea tanto en España: el campus universitario y un tipo de violación que, por no tener, en España no tiene ni nombre: *date rape*.

«El cambio del “sí” es determinante en la denominación de *date rape*. Una *date rape* es cuando alguien tiene una cita y la persona con la que sale le viola, o cuando existe una relación romántica o sexual entre dos personas en el momento en el que ocurre el abuso sexual. No hay un término para *date rape* en España. ¿Podríamos llamarlo “violación con cita”?».[9]

«La primera persona a la que se reconoció como víctima de una *date rape* en los Estados Unidos fue Katie Kostner

en 1991. Años más tarde *date rape* es incluida entre una de las definiciones de agresión sexual. Un retrato suyo, al lado de la palabra *date rape*, fue portada de la revista *Time* el 3 de junio de 1991.[10] *Time* escribía: “Katie Kostner provocó una tormenta en los medios tras haber sido sexualmente agredida por un compañero de universidad al que jamás se persiguió legalmente. Katie dijo que eso había sido una *date rape*, una violación con cita [...] Katie Kostner habló de su caso de violación ocurrido en la Universidad de Stanford y afirmó que las víctimas de esta clase de ataque sexual son retraumatizadas por el tipo de preguntas que la gente les hace”».[11]

En los Estados Unidos, la definición de «violación con cita» está originalmente ligada al lugar donde sucede, el campus. Aunque más tarde la misma definición de violación se aplica a toda aquella que ocurre cuando la víctima ha tenido un encuentro amigable, al menos al principio. Es decir, cuando no ha sido un asalto directo.

Una parte importante de los relatos de este libro entran en esta categoría, bien sea en el campus o fuera de él. La mayoría de las veces los campus están alejados de la ciudad. Son entornos cerrados con sus reglas y costumbres propias, como las fraternidades, los equipos de deporte o las diferentes alianzas a las que normalmente hay que mostrar fidelidad. El grupo, la sensación de comunidad, es muy importante (probablemente igual o más que la educación) y por ello la aceptación social se convierte para muchos jóvenes en el criterio número uno que guía sus acciones. Por otro lado en los campus es donde los jóvenes no viven con sus padres por primera vez. Esto implica que

no solo no han tenido una educación que favorezca la autonomía de acción y la responsabilidad, sino que además la sociedad estadounidense mayormente puritana —como dice Elisabeth Fairfield Stokes— caracteriza a las mujeres de zorras o esposas.

Uno puede pensar por qué jóvenes educados que han llegado a la universidad violan. ¿Tiene algo que ver tener cultura con ser educado? Vemos que no, que la educación para no violar es más importante que los títulos que uno tenga.

La película *Not a Pretty Picture*,^[12] dirigida en 1974 por Martha Coolidge, pone en escena una violación por un compañero del instituto (tanto la directora como la actriz habían sido violadas). Introduzco esta película aquí porque su formato evita convertir la violación en una escena de acción y porque es radicalmente desconocida en España y es importante tener referentes fílmicos femeninos. Pero sobre todo porque está hecha hace casi cincuenta años y la historia no ha cambiado: es una violación con cita con un compañero del campus.

Lo más interesante es que en la película vemos la acción a la vez que los comentarios a cámara del actor como hombre y de la actriz como mujer, sirviendo para estimular la reflexión del que la ve. A lo largo de la película percibimos cómo el actor va siendo más feminista al entender el punto de vista femenino. Dice que la falta de educación de los hombres es superlativa porque para ellos, una mujer que ha llegado a un coche o un apartamento con un hombre quiere sexo y le basta con ponerse a hacerlo para que le den ganas. Mientras que la visión de ella es que

dos personas que salen no han de tener un final necesario: él con su pene dentro de ella; que dar por sentado la secuencia y el final es rechazar su propia libertad. Ella reconoce que era coqueta, pero que en ningún momento se imaginaba que le iba a hacer daño. La película no critica a la mujer, pero ilustra la imaginación: no se trata de que tengas miedo y que no te relaciones con la gente, sino de que seas consciente de que es posible.[13]

¿Cómo educar a los hombres? El propio actor de *Not a Pretty Picture* identifica dos problemas que acaban siendo el mismo:

Como hombre, ¿puedes imaginártelo de otra manera? ¿Puedes parar? El problema es del hombre que toma una cosa por otra, y que espera una sola secuencia con un solo final. Aun así el problema se le sigue cargando a las mujeres. Lo describe de forma precisa Elisabeth Fairfield Stokes: Si hiciste algo incluso remotamente sexual —un beso, o cogerse de la mano— estabas guiando a ese chico y tú eres responsable de cualquier cosa y de todo lo que pase.

El mismo actor dice que los hombres actúan para conseguir aceptación social. Ahí la pregunta que hace falta es: ¿estás haciendo lo que quieres y te sientes bien? La consecuencia de actuar no como está bien o como uno quiere, sino como uno va a ser aceptado es la total negación de los sentimientos (de otros) y por tanto no ven lo que sus actos implican. ¿Sabes lo que estás haciendo o estás siguiendo el guion que otro o tú mismo habéis creado? Porque la vida no es un guion y tú tienes la responsabilidad de tus acciones.

De los comentarios del actor se desprende otro problema que parece tener y que no reconoce: el rol que los hombres asumen de indicar cómo se hacen las cosas. No le digas lo que le gusta. Ella sabe lo que quiere o al menos lo que no quiere, cuando es el caso.

El presente no va bien, pero estamos haciendo futuro

Uno podría pensar leyendo el libro y el prólogo que no se ha mejorado respecto a la igualdad y el machismo. Sin embargo hay un cambio definitivo: sabemos de muchos casos de violaciones porque las víctimas han denunciado y han ido a juicio. Las mujeres están luchando por su libertad en lugar de resignarse a no tenerla. «La opinión pública culpable con el violador es afable» no es solo el título de una de mis canciones, sino una realidad que se huele en cada letra de este libro.

Paralelo a esta publicación traducida al español está el caso en España de «La Manada», que considera abuso sexual lo que claramente son agresiones sexuales y que pone en libertad condicional a los agresores como si no constituyeran un peligro público. Asimismo en los Estados Unidos en 2016, seguramemente mientras que el libro se está gestando o editando, tiene lugar el caso Brock Turner, por el que un agresor, quien es destacada estrella del deporte, recibe una pena de menos de seis meses después de ser acusado de secuestro, vejaciones, abusos sexuales e intento de violación en un campus.

En los últimos cinco años en los Estados Unidos se han incrementado las denuncias de las mujeres víctimas, y en

España la calle se llena de manifestaciones para decir que la actuación de la opinión pública y de los jueces que dictan estas sentencias injustas para la víctima son inadmisibles para el progreso social y los derechos humanos, pues incitan a la violación. Se podría decir que en estos dos casos la sentencia se decide en atención a quien la comete: en el caso de Brock Turner, un famoso, blanco y rico; y en el caso de «La Manada», agentes del orden (algunos son militares y guardias civiles).

Que la justicia juzgue a las personas de forma discriminatoria automáticamente devalúa a la víctima e implícitamente fomenta la violación por los privilegiados, ya que saben que el castigo que recibirán será leve. Los Estados Unidos tienen un problema con el racismo de sus sentencias y España tiene un problema con la impunidad y el poder de los cuerpos del orden.

El caso de Brock Turner desencadenó un inicio de cambio en las leyes. Según la Assembly Bill 2888 en California, las penas por violación podrían pasar a tener un mínimo de tres años; y así evitar que el albedrío del juez pueda dictar una sentencia tan corta. Esto precipitó un cambio radical en el peso de la prueba: el paso del no al sí. En el caso de «La Manada», ¿desencadenará algún cambio, y cuál será?

JANA LEO

3 de julio de 2018

Nueva York

[1] <http://www.chicagotribune.com/entertainment/ct-ent-roxane-gay-talk-0621story.html>.

[2] Véase en <http://time.com/3222176/campus-rape-the-problem-with-yes-means-yes/>.

- [3] La cruzada de los campus en contra de la violación consiguió una gran victoria en California al aprobar la llamada ley «Sí significa sí». Esta ley fue aprobada en septiembre de 2014 en el Senado por una votación de 52-16 en la asamblea y requiere que los colegios y las universidades evalúen los cargos de abusos sexuales bajo el criterio del «consentimiento afirmativo» si quieren optar a los fondos del Estado.
- [4] Jana Leo, *Violación Nueva York*, Lince Ediciones, 2017, p. 156.
- [5] Véase en <https://www.vox.com/2014/10/9/6951409/yes-means-yes-californiasnew-sexual-assault-law-explained>.
- [6] <https://www.thedailybeast.com/lawmaker-to-rape-victims-prove-it>.
- [7] Jana Leo, *Violación Nueva York*, Lince Ediciones, 2017, p. 156.
- [8] Véase en <https://www.telegraph.co.uk/news/uknews/law-and-order/11375667/Men-must-prove-a-woman-said-Yes-under-tough-new-rape-rules.html>.
- [9] Jana Leo, *Violación Nueva York*, Lince Ediciones, 2017, p. 156.
- [10] Véase <http://content.time.com/time/magazine/0,9263,7601910603,00.html>.
- [11] Jana Leo, *Violación Nueva York*, Lince Ediciones, 2017, p. 157.
- [12] <https://vimeo.com/channels/835478/111304721>.
- [13] Este largometraje de docudrama escrito y dirigido por Martha Coolidge presenta la historia de su violación en el instituto de secundaria por un compañero de clase entremezclada con una filmación *vérité* de ella misma dirigiendo la escena de la violación, examinando los motivos y la verdad de las acciones. También rompe la narración con entrevistas que incluyen a su compañera de habitación de aquel entonces y que iluminan las complejidades de los acontecimientos que siguen después de la violación. Llamada «brechtiana» por los críticos, la división de la historia entre narrativa y documental permite al público examinar los motivos, las ramificaciones y los efectos del evento sin convertir la violación en una «escena de acción». La película ganó muchos premios, incluyendo el Sundance Film Festival, el American Film Festival, Mannheim y muchos más, y se estrenó en el Kennedy Center en Washington D. C. Se proyectó en salas de cine de los Estados Unidos y Europa, y se mantuvo en cartelera en Ámsterdam durante casi diez años. Fue distribuida por Films Inc durante años. La película está protegida por derechos de autor y actualmente no está en distribución.

No es para
TANTO

Notas sobre la

CULTURA DE LA VIOLACIÓN

*Para todas aquellas personas
a quienes la cultura de la violación
ha marcado y, pese a ello,
han sobrevivido*

Introducción

A los doce años sufrí una violación múltiple en el bosque que había detrás de mi vecindario. Me violaron unos niños con las intenciones peligrosas de hombres malvados. Fue una experiencia espantosa que me cambió la vida. Antes de aquello, yo era una niña inocente, protegida. Creía que las personas eran buenas por naturaleza y que los mansos heredarían la tierra. Tenía fe y creía en Dios. Y entonces dejé de hacerlo. Estaba rota, cambiada. Nunca sabré quién habría sido de no haberme convertido en aquella niña en el bosque.

A medida que fui haciéndome mayor conocí a incontables mujeres que habían sufrido todo tipo de violencia, acoso, agresiones sexuales y violaciones. Escuché sus conmovedores relatos y empecé a pensar: «Lo que me pasó a mí fue grave, pero no es para tanto». La mayoría de mis cicatrices se han borrado. He aprendido a convivir con mi trauma. Aquellos niños mataron a la niña que fui, pero no me mataron del todo. No me pusieron una pistola en la cabeza ni un cuchillo en el cuello y me amenazaron con asesinarme. Sobreviví. Y aprendí a dar las gracias por ello, al margen de las secuelas.

Tal vez hallara un cierto consuelo en pensar que lo que yo había sufrido «no era para tanto». El convencerme de que haber sido objeto de una violación múltiple «no era para tanto» me permitió descomponer mi trauma en algo más fácil de sobrellevar, en algo con lo que podía cargar, en lugar de dejar que su magnitud me sepultara.

Sin embargo, a largo plazo, menoscabar mi experiencia me hizo más mal que bien. Establecí una medida irreal de lo que se consideraba un trato aceptable tanto en mis relaciones personales y de amistad como en los encuentros esporádicos con desconocidos. Y con ello me refiero a que, si tenía un listón para medir cómo merecía que me trataran, estaba enterrado a mucha profundidad. Si que me violaran en grupo no era para tanto, entonces aún lo era menos que me empujaran, que me agarraran del brazo tan fuerte como para dejarme cinco morados con forma de huellas dactilares, que me silbaran por la calle por tener los pechos grandes, que me metieran la mano en las bragas, que me dijeran que debería estar agradecida porque me trataran con cariño porque no me lo merecía, etc., etc. Todo ello era terrible, pero no era para tanto. La lista de malos tratos que toleré acabó por resultarme insoportable. No pude más.

La idea de que lo que me había sucedido «no era para tanto» me hizo ser increíblemente severa conmigo misma por no «superarlo» lo bastante rápido al ver que los años pasaban y yo seguía sintiendo un inmenso dolor y no lograba desembarazarme de los recuerdos. Asimilar esa idea me hizo insensible a las malas experiencias que no eran tan malas como las peores historias que me habían

contado. Durante años albergué unas expectativas absolutamente irrealistas con respecto a qué vivencias podían causar sufrimiento, hasta que prácticamente nada lo causaba ya. Me volví insensible a la empatía.

No sé cuándo cambió todo aquello, cuándo empecé a ser consciente de que todos los encuentros que las personas tienen con la violencia sexual son, de hecho, «para tanto». No tuve ninguna epifanía. Sencillamente me reconcilié al fin con mi propio pasado lo suficiente como para aceptar que lo que había padecido sí era para tanto y que cualquier agresión lo es. Con el tiempo conocí a muchas personas, en su mayoría mujeres, que también creían que las cosas horribles que habían soportado no eran para tanto, cuando era evidente que sí lo eran, y mucho. Pude ver el aspecto que tenía la falta de empatía en personas que tenían todo el derecho del mundo a mostrar sus heridas abiertas y me pareció atroz.

Cuando se me ocurrió elaborar esta antología me propuse recopilar una colección de ensayos acerca de la cultura de la violación, tanto reportajes como historias personales y escritos que abordaran el tema y lo que significa vivir en un mundo donde existe la expresión «cultura de la violación». Me interesaba el discurso acerca de la cultura de la violación porque es una expresión que suele utilizarse, pero rara vez nadie se detiene a pensar qué significa realmente. ¿Qué implica vivir en una cultura en la que a menudo parece que nos cuestionemos cuándo (no si) sufrirá una mujer algún tipo de violencia sexual? ¿Qué supone para los hombres moverse en este terreno, tanto si son indiferentes a la cultura de la violación como si

se esfuerzan por acabar con ella o, por el contrario, la nutren, en mayor o menor medida?

Esta antología se convirtió en algo muy distinto a mi intención original. Conforme fui recibiendo colaboraciones, me desconcertó la cantidad de testimonios que había. Me llegaron centenares y centenares de relatos de personas de todo el espectro de géneros en los que explicaban la violencia sexual de uno u otro tipo que habían padecido y cómo les había afectado mantener relaciones íntimas con personas víctimas de agresiones sexuales. Me convencí entonces de que esta antología debía metamorfosearse en un espacio donde las personas pudieran contar sus vivencias, donde pudieran compartir la maldad intrínseca de todo este asunto y donde pudieran identificar cómo las ha marcado la cultura de la violación.

Mientras escribo estas palabras, algo en esta cultura profundamente fragmentada está cambiando, o al menos eso espero. Cada vez son más las personas que cobran conciencia de lo tremebundo de la situación. Harvey Weinstein ha caído en desgracia, señalado por varias mujeres como perpetrador de violencia sexual. Sus delitos han salido a la luz. Y, al menos en cierta medida, sus víctimas se están resarcando. Mujeres y hombres están dando pasos al frente y señalando a los acosadores sexuales en los mundos de la publicidad, el periodismo y la tecnología. Mujeres y hombres empiezan a decir: «La situación es gravísima». Por una vez, los perpetradores de violencia sexual están afrontando las consecuencias. Hombres poderosos están perdiendo sus empleos y su

acceso a circunstancias que les permiten aprovecharse de personas vulnerables.

Y es de esperar que este momento desemboque en un movimiento. Espero que los ensayos aquí recopilados contribuyan a ese movimiento de un modo significativo. Las voces que aquí nos hablan son voces que importan y que quieren hacerse oír.

Fragmentos

Aubrey Hirsch

-No deberías andar por ahí exhibiendo eso —te dice.
Estás en el refectorio del campus con tu amigo James.
Acabas de sacar una píldora anticonceptiva de color óxido
de su cavidad en el pastillero azul de caucho.

—No estoy exhibiendo nada. Solo me estoy tomando una
pastilla —respondes.

—Pues deberías tomártela en tu habitación. A solas. En
privado —replica él.

—Tengo que tomármelas con la comida —le aclaras—. Si
no, me duele la barriga.

Así ha sido desde que tenías quince y empezaste a
tomártelas. Eso fue años antes de que comenzaras a tener
relaciones sexuales e, incluso ahora cuando las tienes, te
da tanto miedo quedarte embarazada que no vas a dejar
que un hombre se corra dentro de ti hasta que estéis
casados.

Te las tomas porque tienes unas reglas bestiales. Las
hormonas campan a sus anchas por tus venas. Te
despiertas en plena noche retorciéndote de dolor; tienes
retortijones de estómago y notas punzadas en los

intestinos. Y las píldoras te sientan bien, aunque no te gusta tomártelas cada día. De hecho, el olor del pastillero de caucho azul te revuelve un poco el estómago cuando las sacas debidamente de tu bolso cada día a la misma hora para sedar a la bestia que llevas dentro.

—Pues no deberías dejar que todo el mundo lo viera. No te conviene que algún tipo te vea tomándotelas y crea que puede aprovecharse de ti y no habrá consecuencias —te aconseja tu amigo.

Te pones la píldora en la parte posterior de la lengua y guardas el pastillero en el bolso. James te observa mientras te llevas un vaso de agua a los labios. Tragas. Con fuerza.

Si la cultura de la violación tuviera una bandera, sería una de esas camisetas que marcan las tetas.

Si la cultura de la violación tuviera su propia gastronomía, sería toda esta mierda que tienes que tragarte.

Si la cultura de la violación tuviera un centro urbano, olería a desodorante Axe y a ese perfume que ponen en los tampones para que tu vagina huela a detergente para la colada.

Si la cultura de la violación tuviera un idioma oficial, serían las bromas en los vestuarios y una risotada incómoda. La cultura de la violación habla todos los idiomas.

Si la cultura de la violación tuviera un deporte nacional, sería..., bueno..., algo con pelotas, desde luego.

Te pasas bebiendo en la fiesta porque estás en la universidad y en la universidad siempre se bebe

demasiado. Es una fiesta de lo más normal: la gente juega a encestar pelotas de *ping-pong* en vasos de cerveza y suena de fondo música con bajos potentes. Todo el mundo bebe cerveza con espuma en vasos de plástico rojo desechables. Y seguramente haya alguna luz negra en alguna parte.

Daniel sabe que tú no bebes cerveza, así que te ha traído una botella de vodka barato, que te bebes mezclado con un zumo de naranja aún más barato.

Revoloteas un rato, hablando con un corrillo de personas y luego con otro. En la cocina, un chico, un jugador de béisbol, se saca la polla para enseñarle a todo el mundo lo grande que la tiene. Y, en efecto, la tiene muy grande.

Lo último que recuerdas es tumbarte en el sofá. «Voy a cerrar los ojos un minuto», piensas.

Te despiertas en una cama en un dormitorio de la planta de arriba que no conocías. Daniel está tumbado a tu lado. Tienes la ropa puesta, pero te han descalzado.

—Hola —dices, mientras te frotas las sienes; quizá si te las aprietas lo bastante fuerte dejarán de martillearte.

—Te quedaste dormida —te explica antes de que tengas tiempo de preguntar—. Te subí yo.

—¿Me subiste a cuestras? —le preguntas.

—Sí. No quería dejarte ahí abajo con todos esos tíos, dormida en el sofá, y que te convirtieras en su presa.

—¿Me descalzaste tú?

—Sí. Para que durmieras bien.

Tienes la boca seca. Todo está borroso. Te frotas los ojos, respiras y vas a darle las gracias a Daniel cuando añade:

—También te quité las lentillas.

No sabes dónde va a parar tu gratitud, pero de repente se desvanece.

Son historias que no tienen nada de especial. No hay un argumento ni un clímax dramático. Podría decirse que ni siquiera hay nada en juego. Te imaginas a quien te escucha inclinándose hacia delante y preguntándote:

—¿Y qué pasó luego?

Y tienes que contestar:

—Nada. Fin de la historia.

—¡Pues vaya! —replica con los labios convertidos en una fina línea.

Son fragmentos de situaciones que han ocurrido o en las que piensas. Apenas contienen tensión, y lo sabes. No existe un peligro real. Y no hay ninguna resolución.

Sin embargo, se te quedan grabadas. Piensas en ellas incluso después de que hayan sucedido, a veces durante mucho tiempo. Y por eso sabes que, de algún modo, son importantes. Por eso recuerdas el olor de aquella fiesta muchos años después de que el olor de la colonia de tu abuelo se haya desvanecido de tu memoria.

Con el tiempo empiezas a dar clases de escritura y acabas encontrándote con relatos sobre violaciones.

El primero de ellos es una historia sobre una violación sin dobles lecturas. Un estudiante la entrega como parte de los deberes de la clase de redacción que impartes. Les habías pedido que escribieran una historia de ficción. En esta, el protagonista encuentra a su profesora de inglés, bajita y morena, a solas en una iglesia. Saca una pistola bañada en oro de veinticuatro quilates con una empuñadura nacarada,

le apunta con ella a la cabeza y la viola, doblándola sobre el respaldo de un banco. Cuando acaba, se larga en un descapotable y deja una bolsa con dinero en la comisaría para evitar que lo arresten.

Tú eres la profesora de inglés bajita y morena. Solo tienes veintidós años, pocos más que ese estudiante que ahora está sentado en tu despacho con la gorra calada hasta los ojos. Eres demasiado tímida para reprenderle por la bazofia misógina y amenazante que ha escrito. ¿Qué pasa si te equivocas? ¿Y si se queja a tu jefe? ¿Qué pasará si te pone una puntuación baja al evaluar tu labor docente? En lugar de ello, te concentras en criticar la historia, cosa que no te cuesta demasiado, porque no se aguanta por ninguna parte.

—Es un protagonista improbable y el final es ridículo —le dices al alumno mientras él sonríe con aire petulante—. Y mira esto —continúas—: aquí te has equivocado de tiempo verbal y aquí falta una coma.

En el segundo relato sobre una violación, el protagonista conoce a una chica en una fiesta. Es guapa, está bebida, tiene los ojos vidriosos y habla de manera incoherente. Cuando ya no tiene fuerzas para caminar, el protagonista, que no ha bebido ni una gota, se la lleva a la playa. Allí la desnuda y mantiene relaciones sexuales con ella mientras ella emite leves gemidos. Luego vuelve a vestirla y se tumba a su lado en la arena.

—El tono es un poco confuso —le dices al alumno cuando acude a la tutoría—. Suena casi romántico. ¿Se supone que tiene que caer bien el personaje, aunque la esté violando?